

narla. No le ha quedado otro recurso que la traición al pueblo por quien ha dicho se sacrifica.

Veintidós mil soldados son los comisionados para invadir Méjico y seis cruces se enarbolan en la lancha vuestra; nuestro problema es vuestro problema. Es el problema del pan que las revoluciones políticas han dejado insoluto; es el problema del hambre que está planteado desde que apareció en esta vieja tierra el primer bandido que dijo esto es mío; es el problema social cuya solución convertirá en sublime verdad la generosa fórmula: pero la libertad y la igualdad. Fraternidad.

En las regiones oficiales de Washington se niega que esa fuerza esté destinada a invadir Méjico y que se trata simplemente de maniobras militares; pero la creta de guerra que se compra material de guerra sin limitación alguna, y el envío de los navíos de guerra a aguas de Méjico indican que se trata de algo más serio que simples simulacros y que la invasión de Méjico por las tropas americanas es un hecho, que tendrá que realizarse en muy pocos días.

Como no se necesita más que un pretexto para que el Gobierno de Washington se meta en lo que no le importa: como los ambiciosos millonarios yanquis están acechando la oportunidad de tragarnos a todos los mejicanos, se dice que los traficantes ingleses que tienen negocios en la Sierra de Chihuahua pidieron al embajador inglés en los Estados Unidos que éstos intervengan para que los intereses ingleses no sean perjudicados.

El Gobierno de este país, que sólo se preocupa de la oportunidad de favorecer a los que lo sostienen, esto es, a los ricos, acogió, se dice, con calor la queja de los desventurados ingleses a quienes el pueblo mejicano no había llamado a Méjico para que lo explotase, y si alguna queja tienen, debe ser dirigida contra Díaz, que fue quien les engañó diciéndoles que Méjico era una tierra para todos los negros del mundo, y no contra el pueblo mejicano que, si en la confusión que produce el movimiento armado contra la tiranía ha entorpecido los negocios de los traficantes extranjeros, lo ha hecho movido por un noble sentimiento, por una noble ambición: la de ser libre y feliz.

Si la intención del Gobierno yanqui es asustarnos con sus tropas para que los rebeldes pongamos las armas y nos sometamos al infierno de la tiranía, se ha equivocado redondamente. Los mejicanos no nos asustamos con tan poca cosa. Los mejicanos sabemos pelear y sabemos morir cuando el caso se presenta y no serán esos simulacros militares los que nos harán caer en nuestro propósito de conquistar la libertad de este movimiento el Pan, la Tierra y la Libertad para todos los habitantes de Méjico.

Firmes, resueltos a vender caras nuestras vidas, los rebeldes sabremos defendernos de los intrusos que pretenden ayudar a Porfirio Díaz si se llega a realizar la intervención; pero no dependemos las armas, no nos sometemos al capricho de los señores de la guerra, no nos humillaremos hasta el grado de aceptar una tiranía extranjera. Ni la tiranía criolla ni la extranjera; ya lo sabéis.

Mejor que ser esclavos, preferimos que se acabe la raza. No pelearemos por patriotismos ridículos. Pelearemos contra los invasores, porque ellos van a impedir que los mejicanos realicemos nuestro propósito de expropiar la tierra de las manos de los ricos para fundar una verdadera Patria en que todos sean dueños de la tierra e iguales y libres todos, hombres y mujeres.

Y si este generoso ensueño no puede realizarse porque la ambición de los millonarios extranjeros se interponga, preferimos caer sin vida en las batallas; preferimos morir donados, en el monte, en el llano, en la calle a piegiro siendo esclavos. No queremos ams ni prictos ni gueros; queremos ser libres.

Primero que se acabe la raza mejicana, mejor que tener cadenas. Pero, ¿lo han pensado bien? Esta es la pregunta que me hago: no puedo entender cómo el Gobierno de Washington se prepara para una guerra de conquista contra Méjico sin meditar sobre las consecuencias de ese acto. Las guerras de conquista son imposibles cuando se dirigen contra un pueblo que está en rebelión contra sus tiranos. Las guerras de conquista pueden prosperar cuando el pueblo que se va a conquistar duerme encadenado; pero cuando el pueblo que se va a conquistar se levanta y ha rotado las cadenas, ha empuñado las armas y se ha lanzado a los campos de batalla ansioso de ser libre, es entonces el momento más desgraciado que pueda escoger el Gobierno conquistador para poner en práctica sus planes. Y el pueblo de Méjico se encuentra en estas circunstancias: está sobre las armas, está luchando por su libertad, está en un entusiasmo que golpea con sus cadenas hechas pedruzcos la frente odiosa del tirano y con ellas aplastará a los invasores, cualesquiera que ellos sean.

La prensa americana no oculta la intención del Gobierno de Washington de declarar la guerra a Méjico para salvar a Díaz. Los ambiciosos millonarios americanos para conseguir esta intervención y la esclavitud consiguiente del pueblo mejicano. Pero el Partido Liberal Mejicano está listo para repeler la agresión. El Partido Liberal Mejicano, el Partido de ideales más avanzados que existe en el mundo, estará en su puesto defendiendo la libertad y el bienestar del proletariado mejicano. El Partido Liberal Mejicano está en armas precisamente para defender la intervención y la esclavitud consiguiente del pueblo mejicano. Pero el Partido Liberal Mejicano está listo para repeler la agresión. El Partido Liberal Mejicano, el Partido de ideales más avanzados que existe en el mundo, estará en su puesto defendiendo la libertad y el bienestar del proletariado mejicano. El Partido Liberal Mejicano está en armas precisamente para defender la intervención y la esclavitud consiguiente del pueblo mejicano.

Existen hombres sanos así del cuerpo como del cerebro! Vedlos. Son aquellos que viven más en contacto con la naturaleza; son aquellos que para los actos de su vida no consultan más libro que el bello libro de su organismo. No siguen modas, no se alcoholizan, no comen artificios, no amargan su cuerpo a los rigores del clima; buscan la vida en la naturaleza; prefieren el capricho; hallan la belleza en la fea; satisfacen sus deseos y sus necesidades cuando la sociedad se lo permite. El ejemplo en eso. Vive el árbol en el monte bajo el sol abrasador, chorruado de lluvia, extremecido por el viento. robusto, hermoso y gallardo; en las poblaciones, miran al sol cara a cara, desafían las nubes, el viento, consideran a la tormenta como una revolución necesaria a la purificación de la atmósfera; satisfacen sus deseos y sus necesidades cuando la sociedad se lo permite. El ejemplo en eso. Vive el árbol en el monte bajo el sol abrasador, chorruado de lluvia, extremecido por el viento. robusto, hermoso y gallardo; en las poblaciones, miran al sol cara a cara, desafían las nubes, el viento, consideran a la tormenta como una revolución necesaria a la purificación de la atmósfera; satisfacen sus deseos y sus necesidades cuando la sociedad se lo permite. El ejemplo en eso.

Respirando aire sano y recibiendo abundante luz y asimilándose sustancias naturales y propias de su organismo produce el hombre fruto abundante y dorado. Fruto del cerebro las ideas; fruto del cuerpo los hijos. Y se siente y se ama y se goza con potencia, con tranquilidad, con satisfacción intensa, profundamente natural.

No es ese sentimiento, ese amor y ese goce artificial del neurótico que más parece ataque nervioso que satisfacción interna. Entonces el hombre vive en estado capar para dominarlo todo, para desafiarlo todo, para arrostrarlo todo con serenidad, con energía indomables.

Faltan hoy caracteres. No se tiene memoria, ni voluntad, ni aspiraciones, ni entusiasmos. Se vive en plena neurosis, en plena vida artificial. No conféis en la palabra del amigo porque no la recordará después de prometida. No fue una revolución que se movió sus labios. Fue una impresión de momento sin que de ella participara la naturaleza.

Precisa que volvamos a la naturaleza dándole lo que de ella es: nuestra sangre, nuestras pasiones, nuestras ideas. Realizar lo que ella demanda es la suma subiduría.

La naturaleza puede formar monstruos? El naturalista y escritor francés doctor Baudin, en su obra «El hombre natural, lo ha dicho bien claro y lo ha demostrado plenamente: «Lo monstruoso no es natural. Los animales no engendran deformidades; las engendra el hombre que amolda su vida a prejuicios, a preocupaciones, a leyes hipótivas.»

Y para que el ser humano ha de reintegrarle la tierra, lo que ella produce? No tiene dueño el sol, no lo tiene el aire, apenas lo conoce el agua y

si lo conoce es debido a la propiedad individual, primera herida que el hombre inflirió a su propia dicha. Asegurada la vida, ¿para qué robar y engañar al prójimo a fin de asegurarla? ¿Para qué recurrir a la muerte ajena si queremos asegurar la propia vida? Seamos ricos y no habrá necesidad de adular a los productos y de asesinar lentamente a la humanidad para enriquecernos. Inesecario fuera que los pobres vivieran en escasez y en parajes antihigiénicos. El hombre vivirá de la manera mejor, libre de la tiranía económica. Y entonces volverá esa naturaleza perdida cuya falta nos convierte en enfermos perpetuos, en errantes perpetuos sin dichas ni placeres.

Rasguemos y olvidemos lo que sea una dificultad a las satisfacciones naturales. Es menester retornar a la naturaleza lo que ella demanda, lo que a ella es agradable y lo que nos promulgue con su sabiduría infinita.

CHARLES MONEY

¿POR QUÉ?

¿Por qué el obrero consciente no ha de acabar con la pantomima socialista, mal llamada Fiesta del primero de mayo?

¿Por qué el obrero consciente no ha de contrarrestar esa degradante rutina, haciendo que todos trabajen ese día, puesto que no hay motivo para holgar, ni para perder otro jornal sobre los muchos que nos roba la burguesía?

¿Por qué no hemos de esforzarnos todos en apartar a los obreros de los políticos, y de los socialistas más, puesto que son peores que los otros políticos?

¿Por qué hemos de dar importancia a un día señalado más que a los otros del año, cuando en ese día no se ha alcanzado ninguna victoria sobre nuestros tiranos, ni sobre sus lacayos los gobernantes y policías?

¿Por qué no hemos de esforzarnos en hacerle comprender al obrero que no tiene que pedir nada a los gobiernos, puesto que éstos ni pueden ni quieren darlo, ya que son los criados de los capitalistas?

¿Por qué no hemos de demostrarle al obrero, con hechos, que si quiere mejoras se las ha de tomar él por su mano?

¿Por qué no hemos de inculcar en la mente de los obreros que las leyes y las instituciones se han hecho para esclavizarle, y que por lo tanto en vez de acatarlas y de respetarlas, hay que anularlas y destruirlas?

¿Por qué no hemos de mostrarle al obrero que el primero de mayo debe trabajar, porque es un día como otro cualquiera, y sólo ese día de rabia, de dolor, de triste recordación, puesto que en ese día la burguesía norteamericana asesinó a los propagandistas que lanzaron la idea de la jornada de las ocho horas?

¿Por qué no propagar que los mitos y veladas que en conmemoración, ó en recuerdo de fuerzas que se celebran ese día, se realicen después de terminado el trabajo ordinario, como se hace en los demás días del año?

¿Por qué, en fin, no demostrar a los obreros que eso de la fiesta obrera es una añagaza de los socialistas para adormecer y embucar a los obreros, mientras ellos se arreglan en las secretarías pagadas y en los municipios?

¿Por qué no se les ha de mostrar a los obreros la verdad escueta?

ACRACIO PROGRESO

Solidaridad Obrera

A las sociedades de resistencia de España y del extranjero

Salud: En vista del silencio que se observa en vosotros y a pesar de haber comunicado por medio de la prensa obrera la necesidad de hacer un llamamiento a todas las entidades indígenas, os llamamos la atención por segunda vez, por si alguna de ellas ignora el interés que el Comité pro libertad de presos por cuestiones sociales tiene en llevar a cabo los trabajos de liberación de nuestros compañeros detenidos en Huelva, Gijón y Barcelona.

Si entendiéis que debemos tolerar la continuidad de tantos y tan viles atropellos; si hemos de encerrarnos en absoluto mutismo, olvidando el deber de humanos luchadores en pro de los que sufren las terribles torturas de los tiranos; si hemos de ser la eterna columna del sacrificio sobre la cual descansan aquellos que se arrellanan en coches tirados por briosos caballos que a la par que salpican de lodo nuestros rostros curtidos por el sol y el fuego de los talleres, plietorizan sus arcas de dinero, lanzando el anatema a los honrados obreros que valeorosamente defienden la razón y la justicia, permitásemos decir: la nave se va a fondo, sálvese quien pueda.

Vosotros tenéis la palabra.

Comité pro libertad de presos

Correspondencia al mismo, Merced, 19, Barcelona.

El Estado natural y la Sociedad

La invención de un estado salvaje anterior al estado de sociedad pertenece a J. J. Rousseau, quien se forjó el hombre viviendo solo en un bosque inmenso que cubriera toda la tierra; le vio marchando al azar en el crepúsculo de los grandes árboles, lanzándose con vivacidad sobre todos los frutos que se ofrecían a su vista, atacando, para robarle su arco ó su piel, al macho que hallaba al paso,

violando a la hembra, siguiendo después su camino sin cuidarse de las consecuencias.

Era Rousseau un hombre de gran imaginación; pero ¿quién cree al presente en ese estado de salvajismo? Nadie; pero se continúa razonando como si se creyera.

Pensando en el cuadro, trazado por Rousseau, del hombre primitivo que mata, roba y viola sin remordimiento, se dice: ¡Eh ahí las libertades del estado salvaje! El hombre ha debido renunciar a ellas al entrar en sociedad, ha renunciado a la satisfacción de sus apetitos desordenados, ha reconocido un tuyo y un mío, un derecho y un deber. Y se añade tranquilamente: ha renunciado además a algunos otros derechos, por ejemplo: el de fundar sin condiciones periódicos impresos, el de asistir libremente a las reuniones donde se juzguen y censuren los actos de la administración.

He ahí una bella teoría. Tantas palabras, tantas teorías, y aun algunas más.

1.° El estado de salvajismo no ha existido jamás.

2.° Aunque hubiera existido, esas facultades de matar, de robar, que se nos presentan como las libertades del hombre salvaje, no hubieran sido libertades ni derechos entonces, como hoy lo son hoy; hubieran sido como son hoy crímenes, aunque quedaran impunes.

El carácter justo ó injusto de un acto, no depende de lo que se llama la sociedad; eso no tiene relación alguna con ella. Ni la voluntad de un hombre, ni la de cien mil pueden cambiar nada a la cualidad de un acto, el cual es bueno ó malo, según puedan ó no puedan todos hacerle sin colisión, según sea ó no compatible con la conservación de la igualdad. Todo lo que es injusto hoy lo sería en el estado de salvajismo; todo lo que hubiera sido justo en la suposición de ese estado lo es realmente.

Me decís que he renunciado a ciertos derechos al entrar en sociedad. Quisiera saber cuándo he entrado en sociedad, y sobre todo a qué derechos he renunciado. Deseo encontrar uno que me diga: He aquí lo que has abandonado, he ahí lo que te has reservado. Me agradecería en extremo que me recordara el lugar, el tiempo y las circunstancias de ese tratado extraordinario.

Veamos el caso Ferrer, por ejemplo. Un sinúmero de personas, incapaces de sustentar las ideas de Ferrer, y que hasta las repudiarían si tuvieran ocasión para ello, son ferreristas furibundos, tan sólo porque a Ferrer lo consideraba mártir. Y no es difícil que dentro de relativamente poco tiempo, exista un fererismo político, social y pedagógico, que no contenga del modo de pensar y sentir de Ferrer ni una palabra.

Los pueblos conocen a los héroes de los grandes dramas de sangre. Napoleónes ó Cristos, esas son sus grandes guías, pero no por sus ideas, sino por el hecho de la aureola sangrienta que sus figuras rodea.

La doctrina, la tendencia, es lo de menos, y queda a semejanza altura que la de los grandes pensadores, la de los filósofos que pudieran vivir sin que les salpicase su sangre propia ó la de sus víctimas.

Y es que los sentimientos nos gobiernan más que la inteligencia, y en tanto que ésta no predomine sobre aquellos siempre seremos manejados por ellos.

Podráse á impulsos del sentimiento hacer grandes cosas, conmocionar el mundo, pero no se podrá realizar la gran obra de liberación del individuo de esas ideas cristalizadas, que necesita como primera base, la liberación del individuo de esas ideas cristalizadas, que denominamos sentimientos y que no son problemáticamente que estados intelectuales primitivos encarnados en nosotros, y la subconciencia.

EDUARDO G. GILMON

La emigración y el patriotismo

Uno de los hombres representativos de la España moderna, el novelista y caudillo político Blasco Ibáñez, escribió no ha mucho un artículo extensísimo prestigiando la emigración española a la República Argentina. Encomiástico el artículo en cuestión, produjo entre los campesinos de Valencia y de otras regiones del sur un alborozo ilimitado. Buen escritor el señor Ibáñez, psicólogo profundo en su calidad de novelista y de agitador político, consiguió con creces lo que se proponía. La emigración italiana, hasta hace poco la más importante de las que se dirigen a Buenos Aires, quedó relegada a segundo término por la emigración española.

Y el señor Blasco Ibáñez, a quien las autoridades argentinas habían concedido una gran extensión en el territorio de Río Negro y otra en la provincia de Corrientes, en agradecimiento al libro que con el título de «La Argentina y sus grandezas» escribió y el cual compró el Gobierno de Buenos Aires ejemplares por valor de cien mil pesos (230,000 pesetas) por valor de cien mil pesos (230,000 pesetas) para colonizar sus tierras con los buenos emigrantes españoles, quienes lógicamente han de pagarle en buena moneda el derecho de trabajar esas tierras ó la adquisición de ellas si así lo prefiriera, adquisición que no por que el señor Blasco Ibáñez la haya conseguido graciosamente ó poco menos, ha de ser dada gratuitamente a los que han ido a trabajarlas.

Los jornaleros en el campo viven mal, comen peor y ganan salarios irrisorios que fluctúan a 45 ó 70 pesos mensuales (de 103 pesetas a 161) lo que si aquí representa algo, allí no alcanza para vestirse.

La emigración a la Argentina no conviene en manera alguna a los españoles, y quie-

la religión. Y he hallado que el cristianismo ha podido ser más que por otras causas por la aureola del martirio que rodea la historia de su fundador y de los primitivos secuaces de su doctrina. Con esto he llegado a una de esas verdades indiscutidas á que al principio hacía referencia y que sin beneficio de inventario admiten todos, es decir, á aquella que reza que *nada hay más fecundo que la sangre de los mártires.*

«¿Es esto realmente cierto? Si y no. Si, en cuanto al proselitismo personal que los mártires crean. No, en cuanto al proselitismo de las ideas.

Las multitudes parecen entender más los hechos que las palabras. La acción obra en ellas á modo de revulsivo, agitándolas hondamente, conmoviendo todos sus sentimientos.

Por eso los seguidores de una doctrina cualquiera, más lo son por el hombre que la encarnó que por la doctrina en sí.

Cristo zaherido, vejado, escarnecido, humillado, crucificado, se ha hecho á los ojos de los pueblos mercedero de apoteosis y adoraciones. Y así vemos que hay millones de partidarios de Cristo que si se les preguntara, no hubieran sido libertades ni derechos entonces, como hoy lo son hoy; hubieran sido como son hoy crímenes, aunque quedaran impunes.

El carácter justo ó injusto de un acto, no depende de lo que se llama la sociedad; eso no tiene relación alguna con ella. Ni la voluntad de un hombre, ni la de cien mil pueden cambiar nada a la cualidad de un acto, el cual es bueno ó malo, según puedan ó no puedan todos hacerle sin colisión, según sea ó no compatible con la conservación de la igualdad. Todo lo que es injusto hoy lo sería en el estado de salvajismo; todo lo que hubiera sido justo en la suposición de ese estado lo es realmente.

De manera que aunque aparentemente ese proselitismo que origina el martirio sea útil para el triunfo de las ideas sustentadas por los mártires, en el fondo nada ganan ni progresan éstas, quedando oscurecidas cuando no falseadas, siendo en realidad ese proselitismo un caso de comiseración e idolatría hacia el mártir ó el como tal considerado.

Veamos el caso Ferrer, por ejemplo. Un sinúmero de personas, incapaces de sustentar las ideas de Ferrer, y que hasta las repudiarían si tuvieran ocasión para ello, son ferreristas furibundos, tan sólo porque a Ferrer lo consideraba mártir. Y no es difícil que dentro de relativamente poco tiempo, exista un fererismo político, social y pedagógico, que no contenga del modo de pensar y sentir de Ferrer ni una palabra.

Los pueblos conocen a los héroes de los grandes dramas de sangre. Napoleónes ó Cristos, esas son sus grandes guías, pero no por sus ideas, sino por el hecho de la aureola sangrienta que sus figuras rodea.

La doctrina, la tendencia, es lo de menos, y queda a semejanza altura que la de los grandes pensadores, la de los filósofos que pudieran vivir sin que les salpicase su sangre propia ó la de sus víctimas.

Y es que los sentimientos nos gobiernan más que la inteligencia, y en tanto que ésta no predomine sobre aquellos siempre seremos manejados por ellos.

Podráse á impulsos del sentimiento hacer grandes cosas, conmocionar el mundo, pero no se podrá realizar la gran obra de liberación del individuo de esas ideas cristalizadas, que necesita como primera base, la liberación del individuo de esas ideas cristalizadas, que denominamos sentimientos y que no son problemáticamente que estados intelectuales primitivos encarnados en nosotros, y la subconciencia.

EDUARDO G. GILMON

La emigración y el patriotismo

Uno de los hombres representativos de la España moderna, el novelista y caudillo político Blasco Ibáñez, escribió no ha mucho un artículo extensísimo prestigiando la emigración española a la República Argentina. Encomiástico el artículo en cuestión, produjo entre los campesinos de Valencia y de otras regiones del sur un alborozo ilimitado. Buen escritor el señor Ibáñez, psicólogo profundo en su calidad de novelista y de agitador político, consiguió con creces lo que se proponía. La emigración italiana, hasta hace poco la más importante de las que se dirigen a Buenos Aires, quedó relegada a segundo término por la emigración española.

Y el señor Blasco Ibáñez, a quien las autoridades argentinas habían concedido una gran extensión en el territorio de Río Negro y otra en la provincia de Corrientes, en agradecimiento al libro que con el título de «La Argentina y sus grandezas» escribió y el cual compró el Gobierno de Buenos Aires ejemplares por valor de cien mil pesos (230,000 pesetas) para colonizar sus tierras con los buenos emigrantes españoles, quienes lógicamente han de pagarle en buena moneda el derecho de trabajar esas tierras ó la adquisición de ellas si así lo prefiriera, adquisición que no por que el señor Blasco Ibáñez la haya conseguido graciosamente ó poco menos, ha de ser dada gratuitamente a los que han ido a trabajarlas.

Los jornaleros en el campo viven mal, comen peor y ganan salarios irrisorios que fluctúan a 45 ó 70 pesos mensuales (de 103 pesetas a 161) lo que si aquí representa algo, allí no alcanza para vestirse.

La emigración a la Argentina no conviene en manera alguna a los españoles, y quie-

la religión. Y he hallado que el cristianismo ha podido ser más que por otras causas por la aureola del martirio que rodea la historia de su fundador y de los primitivos secuaces de su doctrina. Con esto he llegado a una de esas verdades indiscutidas á que al principio hacía referencia y que sin beneficio de inventario admiten todos, es decir, á aquella que reza que *nada hay más fecundo que la sangre de los mártires.*

«¿Es esto realmente cierto? Si y no. Si, en cuanto al proselitismo personal que los mártires crean. No, en cuanto al proselitismo de las ideas.

Las multitudes parecen entender más los hechos que las palabras. La acción obra en ellas á modo de revulsivo, agitándolas hondamente, conmoviendo todos sus sentimientos.

Por eso los seguidores de una doctrina cualquiera, más lo son por el hombre que la encarnó que por la doctrina en sí.

Cristo zaherido, vejado, escarnecido, humillado, crucificado, se ha hecho á los ojos de los pueblos mercedero de apoteosis y adoraciones. Y así vemos que hay millones de partidarios de Cristo que si se les preguntara, no hubieran sido libertades ni derechos entonces, como hoy lo son hoy; hubieran sido como son hoy crímenes, aunque quedaran impunes.

El carácter justo ó injusto de un acto, no depende de lo que se llama la sociedad; eso no tiene relación alguna con ella. Ni la voluntad de un hombre, ni la de cien mil pueden cambiar nada a la cualidad de un acto, el cual es bueno ó malo, según puedan ó no puedan todos hacerle sin colisión, según sea ó no compatible con la conservación de la igualdad. Todo lo que es injusto hoy lo sería en el estado de salvajismo; todo lo que hubiera sido justo en la suposición de ese estado lo es realmente.

De manera que aunque aparentemente ese proselitismo que origina el martirio sea útil para el triunfo de las ideas sustentadas por los mártires, en el fondo nada ganan ni progresan éstas, quedando oscurecidas cuando no falseadas, siendo en realidad ese proselitismo un caso de comiseración e idolatría hacia el mártir ó el como tal considerado.

Veamos el caso Ferrer, por ejemplo. Un sinúmero de personas, incapaces de sustentar las ideas de Ferrer, y que hasta las repudiarían si tuvieran ocasión para ello, son ferreristas furibundos, tan sólo porque a Ferrer lo consideraba mártir. Y no es difícil que dentro de relativamente poco tiempo, exista un fererismo político, social y pedagógico, que no contenga del modo de pensar y sentir de Ferrer ni una palabra.

Los pueblos conocen a los héroes de los grandes dramas de sangre. Napoleónes ó Cristos, esas son sus grandes guías, pero no por sus ideas, sino por el hecho de la aureola sangrienta que sus figuras rodea.

La doctrina, la tendencia, es lo de menos, y queda a semejanza altura que la de los grandes pensadores, la de los filósofos que pudieran vivir sin que les salpicase su sangre propia ó la de sus víctimas.

Y es que los sentimientos nos gobiernan más que la inteligencia, y en tanto que ésta no predomine sobre aquellos siempre seremos manejados por ellos.

Podráse á impulsos del sentimiento hacer grandes cosas, conmocionar el mundo, pero no se podrá realizar la gran obra de liberación del individuo de esas ideas cristalizadas, que necesita como primera base, la liberación del individuo de esas ideas cristalizadas, que denominamos sentimientos y que no son problemáticamente que estados intelectuales primitivos encarnados en nosotros, y la subconciencia.

EDUARDO G. GILMON

La emigración y el patriotismo

Uno de los hombres representativos de la España moderna, el novelista y caudillo político Blasco Ibáñez, escribió no ha mucho un artículo extensísimo prestigiando la emigración española a la República Argentina. Encomiástico el artículo en cuestión, produjo entre los campesinos de Valencia y de otras regiones del sur un alborozo ilimitado. Buen escritor el señor Ibáñez, psicólogo profundo en su calidad de novelista y de agitador político, consiguió con creces lo que se proponía. La emigración italiana, hasta hace poco la más importante de las que se dirigen a Buenos Aires, quedó relegada a segundo término por la emigración española.

Y el señor Blasco Ibáñez, a quien las autoridades argentinas habían concedido una gran extensión en el territorio de Río Negro y otra en la provincia de Corrientes, en agradecimiento al libro que con el título de «La Argentina y sus grandezas» escribió y el cual compró el Gobierno de Buenos Aires ejemplares por valor de cien mil pesos (230,000 pesetas) para colonizar sus tierras con los buenos emigrantes españoles, quienes lógicamente han de pagarle en buena moneda el derecho de trabajar esas tierras ó la adquisición de ellas si así lo prefiriera, adquisición que no por que el señor Blasco Ibáñez la haya conseguido graciosamente ó poco menos, ha de ser dada gratuitamente a los que han ido a trabajarlas.

Los jornaleros en el campo viven mal, comen peor y ganan salarios irrisorios que fluctúan a 45 ó 70 pesos mensuales (de 103 pesetas a 161) lo que si aquí representa algo, allí no alcanza para vestirse.

La emigración a la Argentina no conviene en manera alguna a los españoles, y quie-

la religión. Y he hallado que el cristianismo ha podido ser más que por otras causas por la aureola del martirio que rodea la historia de su fundador y de los primitivos secuaces de su doctrina. Con esto he llegado a una de esas verdades indiscutidas á que al principio hacía referencia y que sin beneficio de inventario admiten todos, es decir, á aquella que reza que *nada hay más fecundo que la sangre de los mártires.*

«¿Es esto realmente cierto? Si y no. Si, en cuanto al proselitismo personal que los mártires crean. No, en cuanto al proselitismo de las ideas.

Las multitudes parecen entender más los hechos que las palabras. La acción obra en ellas á modo de revulsivo, agitándolas hondamente, conmoviendo todos sus sentimientos.

Por eso los seguidores de una doctrina cualquiera, más lo son por el hombre que la encarnó que por la doctrina en sí.

Cristo zaherido, vejado, escarnecido, humillado, crucificado, se ha hecho á los ojos de los pueblos mercedero de apoteosis y adoraciones. Y así vemos que hay millones de partidarios de Cristo que si se les preguntara, no hubieran sido libertades ni derechos entonces, como hoy lo son hoy; hubieran sido como son hoy crímenes, aunque quedaran impunes.

El carácter justo ó injusto de un acto, no depende de lo que se llama la sociedad; eso no tiene relación alguna con ella. Ni la voluntad de un hombre, ni la de cien mil pueden cambiar nada a la cualidad de un acto, el cual es bueno ó malo, según puedan ó no puedan todos hacerle sin colisión, según sea ó no compatible con la conservación de la igualdad. Todo lo que es injusto hoy lo sería en el estado de salvajismo; todo lo que hubiera sido justo en la suposición de ese estado lo es realmente.

De manera que aunque aparentemente ese proselitismo que origina el martirio sea útil para el triunfo de las ideas sustentadas por los mártires, en el fondo nada ganan ni progresan éstas, quedando oscurecidas cuando no falseadas, siendo en realidad ese proselitismo un caso de comiseración e idolatría hacia el mártir ó el como tal considerado.

Veamos el caso Ferrer, por ejemplo. Un sinúmero de personas, incapaces de sustentar las ideas de Ferrer, y que hasta las repudiarían si tuvieran ocasión para ello, son ferreristas furibundos, tan sólo porque a Ferrer lo consideraba mártir. Y no es difícil que dentro de relativamente poco tiempo, exista un fererismo político, social y pedagógico, que no contenga del modo de pensar y sentir de Ferrer ni una palabra.

Los pueblos conocen a los héroes de los grandes dramas de sangre. Napoleónes ó Cristos, esas son sus grandes guías, pero no por sus ideas, sino por el hecho de la aureola sangrienta que sus figuras rodea.

La doctrina, la tendencia, es lo de menos, y queda a semejanza altura que la de los grandes pensadores, la de los filósofos que pudieran vivir sin que les salpicase su sangre propia ó la de sus víctimas.

Y es que los sentimientos nos gobiernan más que la inteligencia, y en tanto que ésta no predomine sobre aquellos siempre seremos manejados por ellos.

Podráse á impulsos del sentimiento hacer grandes cosas, conmocionar el mundo, pero no se podrá realizar la gran obra de liberación del individuo de esas ideas cristalizadas, que necesita como primera base, la liberación del individuo de esas ideas cristalizadas, que denominamos sentimientos y que no son problemáticamente que estados intelectuales primitivos encarnados en nosotros, y la subconciencia.

EDUARDO G. GILMON

La emigración y el patriotismo

Uno de los hombres representativos de la España moderna, el novelista y caudillo político Blasco Ibáñez, escribió no ha mucho un artículo extensísimo prestigiando la emigración española a la República Argentina. Encomiástico el artículo en cuestión, produjo entre los campesinos de Valencia y de otras regiones del sur un alborozo ilimitado. Buen escritor el señor Ibáñez, psicólogo profundo en su calidad de novelista y de agitador político, consiguió con creces lo que se proponía. La emigración italiana, hasta hace poco la más importante de las que se dirigen a Buenos Aires, quedó relegada a segundo término por la emigración española.

Y el señor Blasco Ibáñez, a quien las autoridades argentinas habían concedido una gran extensión en el territorio de Río Negro y otra en la provincia de Corrientes, en agradecimiento al libro que con el título de «La Argentina y sus grandezas» escribió y el cual compró el Gobierno de Buenos Aires ejemplares por valor de cien mil pesos (230,000 pesetas) para colonizar sus tierras con los buenos emigrantes españoles, quienes lógicamente han de pagarle en buena moneda el derecho de trabajar esas tierras ó la adquisición de ellas si así lo prefiriera, adquisición que no por que el señor Blasco Ibáñez la haya conseguido graciosamente ó poco menos, ha de ser dada gratuitamente a los que han ido a trabajarlas.

Los jornaleros en el campo viven mal, comen peor y ganan salarios irrisorios que fluctúan a 45 ó 70 pesos mensuales (de 103 pesetas a 161) lo que si aquí representa algo, allí no alcanza para vestirse.

La emigración a la Argentina no conviene en manera alguna a los españoles, y quie-

la religión. Y he hallado que el cristianismo ha podido ser más que por otras causas por la aureola del martirio que rodea la historia de su fundador y de los primitivos secuaces de su doctrina. Con esto he llegado a una de esas verdades indiscutidas á que al principio hacía referencia y que sin beneficio de inventario admiten todos, es decir, á aquella que reza que *nada hay más fecundo que la sangre de los mártires.*

«¿Es esto realmente cierto? Si y no. Si, en cuanto al proselitismo personal que los mártires crean. No, en cuanto al proselitismo de las ideas.

Las multitudes parecen entender más los hechos que las palabras. La acción obra en ellas á modo de revulsivo, agitándolas hondamente, conmoviendo todos sus sentimientos.

Por eso los seguidores de una doctrina cualquiera, más lo son por el hombre que la encarnó que por la doctrina en sí.

Cristo zaherido, vejado, escarnecido, humillado, crucificado, se ha hecho á los ojos de los pueblos mercedero de apoteosis y adoraciones. Y así vemos que hay millones de partidarios de Cristo que si se les preguntara, no hubieran sido libertades ni derechos entonces, como hoy lo son hoy; hubieran sido como son hoy